



## EL DESTRONAMIENTO DE LA METAFÍSICA TRADICIONAL

Mtro. Luis Rionda Arreguín  
Profesor Emérito de la  
Facultad de Filosofía y Letras  
de la Universidad de Guanajuato

La doctrina filosófica de David Hume, quien nació en 1711 y murió en 1776, constituye el punto de partida para que Kant lleve a cabo la elaboración de su propia filosofía. Visto como un representante del empirismo en Inglaterra, establece, como Locke y Berkeley, que nuestros conceptos se originan de la experiencia. El idealismo de este último según el cual "el ser de todo lo que llamamos una cosa es, única y exclusivamente, su ser percibido", esto es nuestras representaciones, significa que todos los objetos del conocimiento humano son fundamentalmente ideas. Estas se derivan ya sea de las impresiones de los sentidos exteriores, o bien de los estados interiores de la conciencia. En suma, desde el punto de vista de Berkeley el ser de las cosas se agota en *ser percibido*. El mundo existe únicamente como idea o representación en mi conciencia.

Lo que posteriormente dará lugar al escepticismo de Hume será precisamente el idealismo de Berkeley. La postura de Hume, que es al mismo tiempo su punto de partida, señala que la mente del hombre en cualquier época contiene una sucesión de percepciones fuera de nuestro control, pero que constituye algo enteramente necesario. En efecto, encuentra que nuestras percepciones no sólo se conectan de una manera necesaria sino regular. "Todas las percepciones de la mente humana —dice Hume— se resuelven en dos clases distintas, que yo llamaré Impresiones e Ideas. La diferencia entre estas consiste en los grados de fuerza y de vivacidad con que hieren la mente y se abren camino en nuestro pensamiento o conciencia. A aquellas percepciones que entran con mayor fuerza y violencia podemos llamarlas impresiones... Por ideas quiero significar las débiles imágenes de éstas en la reflexión y el razonamiento".<sup>1</sup>

Lo que el filósofo escocés quiere indagar es el origen de nuestras ideas. Según la ontología empirista que representa,

las percepciones constituyen la esencia de las cosas, las cuales están contenidas en el espíritu. Las impresiones son, a su juicio, las percepciones que poseen mayor intensidad. A su vez las ideas vienen siendo únicamente copias o imágenes descoloridas de las impresiones tal como las posee el espíritu en los procesos del pensamiento y del razonamiento.

De este modo, las impresiones se refieren a las percepciones vivas e intensas que experimentamos al ver, oír o tener sensaciones placenteras o dolorosas. Por su parte las ideas son vagas y desdibujadas por cuanto son copias de impresiones. Hume está de acuerdo con Locke en que la razón constituye simple y sencillamente la registradora que anota automáticamente los datos de la experiencia. Siendo esto así, estima que las impresiones son las experiencias derivadas de los sentidos, las ideas en cambio son las réplicas o copias que recordamos de esas experiencias. Vemos, gustamos, oímos y olemos; pero a su vez recordamos haber visto, gustado, oído y olido.

Por otro lado, encuentra Hume que hay otra división de nuestras percepciones que puede ampliarse por igual a nuestras impresiones como a nuestras ideas; es decir que las percepciones pueden ser *simples o complejas*. Hay en consecuencia, impresiones simples y complejas, así como ideas simples y complejas. "Percepciones o impresiones e ideas simples son aquellas que no admiten distinción ni separación".<sup>2</sup> La percepción de una superficie coloreada es una impresión simple. Asimismo, la idea de la misma superficie es una idea simple. De tal suerte que entre nuestras impresiones e ideas existe un gran parecido, excluyendo lo tocante a sus grados de fuerza y viveza.

Por lo que atañe a las percepciones complejas, tanto impresiones como ideas, tienen la característica de que pueden distinguirse en partes. La visión de una manzana en la que se reúnen las cualidades de olor, color, sabor y perfume fácilmente distinguibles una de otra, constituye una impresión compleja. Por lo tanto, la idea de esa misma impresión es una idea compleja. Mas existe la circunstancia, que a Hume le parece digna de atención el que se presente siempre correspondiéndose las impresiones y las ideas.

El que toda idea simple tenga una impresión simple es una regla que se cumple sin excepción alguna. La idea de color rojo y la impresión correspondiente según Hume solamente son diferentes en grado pero no en naturaleza. Por lo que toca a las ideas complejas, advierte que muchas de éstas carecen de impresiones que tengan relación con ellas. Tal es el caso de aquella ciudad cuyo suelo está revestido de oro y sus muros de rubíes, sin que se haya visto nunca una urbe parecida. En un momento dado tomó conciencia clara de que aún existiendo una gran semejanza entre nuestras ideas e impresiones complejas, no constituye una norma que deba cumplirse de manera necesaria y universal el que unas sean copias exactas de otras.

Cuando David Hume aborda en su *Tratado de la Naturaleza Humana* el asunto concerniente a por qué en todo es siempre necesaria una causa, trae a su memoria un principio general de la filosofía que sustenta que *todo cuanto empieza a existir debe tener una causa de existencia*. Por lo que tiene que ver la causa última de las impresiones, es para Hume una cuestión carente de explicación para la razón humana, por la sencilla razón de que no es posible tomar una determinación cierta si emergen del objeto o se engendran por el poder creador de la mente, o bien son creadas por el poder de Dios.

El intenso desarrollo alcanzado en el campo del conocimiento del mundo físico durante el siglo XVIII era fruto indudable del método científico. El mismo Hume trató de incorporar el método experimental de razonar en cuestiones morales. Su intención de apoyar las ciencias en el ser humano obedecía al hecho de que todo conocimiento se encuentra condicionado por el hombre. Como buen empirista critica las ideas innatas, lo *a priori*. La ciencia es una investigación, es decir, una práctica que concierne a los hechos tal y como los presentan los sentidos y finaliza en ellos. Hume opina que para que las ideas tengan buen fundamento necesitan ocupar el puesto de los hechos que se dan en los sentidos. De este modo infiere que no es posible *pensar* algo que no hayamos *sentido* con anterioridad, "sea por medio de nuestros sentidos externos, sea por medio de nuestros sentidos internos".

En el *Enquiri o Investigación sobre el entendimiento humano* existe un pasaje en el que Hume expresa que es evidente que hay un principio de conexión entre los diferentes

pensamientos o ideas de la mente, y que en su aparición a la memoria o imaginación se introducen unos a otros con cierto método y regularidad.<sup>3</sup> Propone tres formas de conexión o asociación de ideas: la semejanza, la contigüidad en el tiempo y en el espacio y la causa y efecto. La imaginación puede a su juicio conectar o asociar una idea a otra que le sea semejante. La conexión por semejanza se presenta cuando en el desarrollo de nuestro pensamiento se pasa de una idea a otra que le sea parecida. Asimismo, la asociación por contigüidad consiste en pasar de la idea de un objeto a la de otro que le sea próximo en el tiempo o en el espacio. Pero la conexión que da origen a asociaciones más firmes y abundantes es la conexión de causa a efecto; ésta sin embargo es necesario según él someterla a un examen a fondo y por separado. "Si las ideas —dice— estuvieran sueltas e inconexas, sólo la casualidad las uniría; y es imposible que las mismas ideas simples pasaran a convertirse regularmente en complejas (como comúnmente lo hacen) sin algún vínculo de unión entre ellas, sin alguna cualidad asociante, mediante la cual una idea introduce naturalmente otra... la naturaleza de alguna manera señala a cada uno esas ideas simples que son las más propias para ser unidas en una compleja".<sup>4</sup>

Encuentra Hume que tanto en el mundo psicológico como en el natural existe una especie de atracción que se manifiesta en formas muy diversas. En la época de Hume el ejemplo de la física newtoniana había llevado a los psicólogos Brown, Hartley y Priestley a establecer como fundamento de la vida psíquica la ley de asociación de representaciones, como análogo en cierto modo a la ley de atracción de las masas.<sup>5</sup> Al parecer periódicamente juntas dos representaciones, se produce entre ellas una cada vez más íntima asociación. El orden y regularidad que manifiestan nuestras ideas, son resultado de los principios que las unen y asocian entre sí. Del mismo modo que hay leyes que rigen los fenómenos del mundo físico, para Hume existen igualmente leyes de asociación que ordenan el fondo de la vida psíquica.

De lo asentado infiere que la validez del conocimiento necesita estar basado sobre conexiones mutuas de nuestras representaciones. El que las ideas se asocien conforme a los principios de semejanza y contigüidad en el tiempo y en el espacio, hace que mecánica e involuntariamente surja en

nosotros el *hábito* de asociar, que a su vez dará origen a las ideas de su sustancia y de causalidad.

La crítica formulada por Berkeley acerca de la idea de sustancia material asevera que el ser de las cosas consiste en ser percibidas, en ser ideas o representaciones. Un color o una figura existen en cuanto son percibidas por la vista o por el tacto. En suma, el mundo se agota en ser una idea en mi conciencia. Al negar la existencia de la materia el filósofo inglés concluye que lo único que permanece es el yo que percibe. Las cosas del mundo externo en tanto que se pueden percibir son, en tal caso, ideas y, por consiguiente, sólo pueden existir en la conciencia. Puesto que el mundo corpóreo se reduce a una idea o percepción mía, lo único que realmente existe es el yo espiritual. Si bien es cierto que Berkeley niega la sustancia material, el mundo, acepta por otro lado la realidad del yo espiritual y de Dios, los cuales al no poder ser perceptibles no son susceptibles de ser reducidos a ideas.

Las tres grandes ideas de la metafísica que a partir de los filósofos griegos predominaron en occidente serán objeto de un aniquilamiento sistemático por parte de Hume. Concretamente el Mundo, el yo y Dios. Para el realismo aristotélico la sustancia es el ser individual del cual se predica algo. Lo único que existe es el ser individual, en tanto que todo lo demás, los accidentes, es lo que puede decirse de él. El hombre individual, por ejemplo, es una sustancia de la cual puede decirse que es un animal racional, que es sabio, blanco y otros predicados más. En suma, mientras que lo que es lo denominamos *esencia*, aquello que es *subsistir* se llama *sustancia*. La sustancia según Aristóteles es, por lo tanto el substrato o soporte de los accidentes que se predicán de ella.

Ahora bien, para admitir la idea de un objeto o sustancia es necesario aludir a la impresión que la ha causado. Hume no comparte esta postura porque la idea de sustancia no se origina de ninguna impresión de sensación o de reflexión, sino que más bien es resultado de "una colección de ideas simples unidas por la imaginación". En otras palabras, no hay realidad alguna llamada sustancia. Ésta como tal no existe. Para Hume la sustancia lejos de ser el soporte en que se apoyan las cualidades que de ella se dicen, es solamente una palabra que se refiere a un haz o colección de cualidades. Las ideas de sustancias y de modos no son sino colecciones de ideas

simples unidas por la imaginación y a las que se adscriben nombres que las designan.<sup>6</sup>

Con frecuencia aceptamos la existencia de una entidad oculta a la que llamamos substancia, la cual sirve para soportar las cualidades que le son inseparables. Si esto queda entendido, entonces podemos definir una substancia como *algo que puede existir por sí mismo*. Pero sucede que de acuerdo con la filosofía de Hume en la idea de substancia no existe ningún sustrato o fundamento que trascienda a las cualidades, sino que éstas al ser asociadas por la imaginación engendran en mí la creencia o ilusión de que existe determinada substancia o cosa material.

La idea de substancia sólo puede provenir de impresiones causadas por la vista, el oído, el tacto, o bien por emociones y pasiones. Así, la substancia como algo que tiene realidad fuera de mí no existe, sólo existe como un conjunto de ideas simples agrupadas por la imaginación. De acuerdo con la crítica que hace Hume de la idea de substancia material, lo que captamos de una cosa es un conjunto de impresiones diferentes unas de otras que consideramos están soportadas por la substancia; sin embargo "no hay nada que nos haga aprehender una substancia como *substratum* de estas impresiones o que nos autorice a presuponerla".<sup>7</sup>

Lo que realmente encuentro al toparme con un objeto son las impresiones de color, sabor, olor, dureza, redondez y suavidad que al ser referidas a una entidad produce en mí la creencia de que existe la substancia naranja. En una palabra, para Hume la idea de substancia material se deriva de un proceso asociativo de la imaginación que al imaginar que entre nuestras impresiones hay una continuidad y uniformidad necesaria, nace en nosotros la ilusión de que hay objetos que existen real y objetivamente.

Hasta aquí el filósofo escocés ha censurado las substancias materiales, ahora se propone exponer sus objeciones de la substancia espiritual, el yo. El espíritu o la conciencia, lo que suele llamarse el yo, es el *sujeto* como principio determinante del mundo del conocimiento o de la acción. En este sentido se entiende por sujeto el alma como substancia a la cual son inmanentes ciertos caracteres o de la cual emergen determinadas acciones. Aristóteles señala en su *Metafísica*

que "el sujeto es aquello de lo que se puede decir todo, pero que a su vez no puede ser dicho de nada".<sup>8</sup> De esta manera el alma es el *substratum* inmutable e inmaterial en que están soportadas nuestras vivencias psíquicas, las cuales son diferentes, distinguibles y separables unas de otras.

Asevera que cuando penetró en lo que se llama mi yo "siempre tropiezo con alguna u otra particular percepción de calor o frío... amor u odio, pena o placer. Nunca puedo asir a mi yo en ningún momento sin una percepción... cuando por algún tiempo mis percepciones son suprimidas, como durante un profundo sueño, dejo de darme cuenta de mi yo, y ciertamente puede decirse que no existo".<sup>9</sup> Esto no quiere decir, según Hume, que no se pueda hacer referencia al "yo", al alma; lo que sucede es que no existe el "yo" como substancia o soporte de nuestros hechos psíquicos, sino únicamente como un conjunto de percepciones o vivencias unidas por asociación.

Así pues, el yo substancial no existe, lo único que tiene realidad son nuestras percepciones, las cuales al ser asociadas hacen surgir en nosotros la ilusión de que existe el "yo" como substancia espiritual. En efecto, Hume se atreve a afirmar que el "yo" no es "más que un manojó o colección de diferentes percepciones que se suceden unas a otras con inconcebible rapidez, y que se hallan en un perpetuo flujo y movimientos... La mente es una suerte de teatro donde varias percepciones sucesivamente hacen su aparición, pasan, repasan, se alejan y se combinan en una infinita variedad de posturas y situaciones... Son únicamente las sucesivas percepciones las que constituyen la mente..."<sup>10</sup> Si el espíritu es comparable a un teatro, Hume es todavía más preciso cuando sustenta que es un teatro cuyo lugar desconocemos como tampoco nada sabemos de los materiales de que está compuesto.

El dolor y el placer, las pasiones y las sensaciones, la alegría y la tristeza se suceden unas a otras; pero de ninguna de esas impresiones se origina, a juicio de Hume, la idea del yo. Hay sin duda en él la preocupación por determinar la impresión que origina la idea de substancia espiritual. En una palabra, somete a examen el problema de la identidad personal y de la hipótesis de la inmaterialidad del alma. Asegura que no han faltado quienes imaginan que en todo momento "somos íntimamente conscientes de lo que llamamos nuestro YO... y

que estamos ciertos... de una demostración de su perfecta identidad y simplicidad".<sup>11</sup>

Todavía más, se pregunta si es permanente o transitoria la impresión de la que pudiera derivarse la idea del yo. Estima que el yo o la persona no es reductible a ninguna impresión, sino que sentimos su existencia y su continuidad en la existencia. Entiende por impresiones todas nuestras sensaciones, pasiones y emociones, en su primera apariencia en el alma. "Si alguna impresión -dice- da origen a la idea del yo, esa impresión debe continuar siendo invariablemente la misma durante todo el curso de nuestra vida, puesto que se supone que el yo existe según esa manera. Pero no existe ninguna impresión constante e invariable".<sup>12</sup> De aquí concluye que no hay una impresión permanente de la substancia espiritual.

Sin embargo, existe un pasaje del *Tratado* en el que abandona lo que con anterioridad había sostenido de que la impresión continua del yo no existe, cuando expresa que "la impresión que tenemos de nosotros mismos está siempre íntimamente presente para nosotros". Nuestra idea del yo, entendida como identidad personal, tiene su origen en un continuo proceso del pensamiento en el que las ideas se van enlazando entre sí. No hay duda que toda percepción que forma parte de nuestro yo constituye, de acuerdo con Hume, una realidad distinta que existe separada y se distingue de cualquier otra percepción.

En consecuencia, la identidad no es algo que pertenezca a esas percepciones diferentes y que las una entre sí, sino más bien lo único que puede unir las ideas en la imaginación son la semejanza, la contigüidad y la causalidad. De esta manera el hombre como yo espiritual es un mero desfile de percepciones; pero la identidad que le adjudicamos es una invención nuestra, algo puramente ficticio. Por esta razón Hume sustenta que lo que nosotros llamamos espíritu no es más que un haz o colección de percepciones o vivencias; pero el yo, como substancia espiritual que soporta o sostiene nuestras vivencias, carece de realidad.

De esto concluye Hume que tanto la substancia material como la espiritual constituyen una ficción. La "cosa" o substancia corpórea era para el materialismo el substrato de

las cualidades sensibles. Berkeley por su parte aniquila dicha substancia cuando afirma que el ser de las cosas consiste en ser percibidas, "no pueden... subsistir fuera de un espíritu que las perciba", se agotan en meras ideas o representaciones. Esta tesis es aceptada por Hume, pero la hace extensiva a la substancia espiritual. Cuando la conciencia es sometida a examen no encontramos junto al percibir un yo que percibe. Por consiguiente, el alma, lo que llamamos el yo, no es sino un haz de vivencias o percepciones.

Imbuido del empirismo que representa, enseña que el significado de un concepto consiste en establecer la percepción de donde procede. Esto quiere decir que para el pensador escocés la relación entre causa y efecto sólo puede conocerse por la experiencia, pero de ninguna manera por la pura razón, esto es *a priori*. Su gran aportación reside, pues, en haber aplicado esta demanda a la causalidad. "Ahora bien, esto significa que la conexión entre causa y efecto, aún después de haber sido hallada por la experiencia, continúa siendo arbitraria y carente de cualquier necesidad objetiva".<sup>13</sup>

Para empezar, Hume se propone precisar el origen de la idea de causalidad. Encuentra que ésta debe proceder de alguna *relación* entre los objetos. Estos, a su vez, conceptuados como causas o efectos son contiguos. Por ello se puede juzgar la *contigüidad* como esencial a la causalidad. Observa asimismo que si hay algo fundamental en la relación entre causas y efectos es "la *prioridad* de tiempo en la causa antes del efecto". Sin embargo, un objeto contiguo y anterior a otro no por ello ha de ser considerado como causa de este último. Vemos de ordinario que las cosas acaecen de un modo regular, con todo Hume considera que "no hay en la metafísica ideas más oscuras e inciertas que las de *poder, fuerza o conexión necesaria...*" por la sencilla razón de que "es imposible para nosotros pensar en algo que no hayamos sentido precedentemente, sea mediante nuestros sentidos externos o internos".<sup>14</sup>

Así, pues, ni la experiencia externa ni la interna nos dan ninguna impresión de cómo las causas producen los efectos. Sabemos, efectivamente, que el calor invariablemente acompaña a la llama; pero no hay razón para conjeturar o imaginar cuál es la conexión entre ellos. Por el simple hecho de que exista un enlace entre dos objetos por ser contiguos y

BIBLIOTECA ALFONSO  
MARTÍNEZ  
C. A. E.

anterior uno respecto del otro, no es razón suficiente según Hume para pensar a uno como causa y al otro como efecto. En la experiencia – dice – “un acontecimiento sigue a otro; pero nunca podemos observar un enlace entre ellos. Parecen juntos, pero nunca enlazados”.<sup>15</sup>

Si se aplica por ejemplo el principio de causalidad al fuego y al calor, lo único que captamos es una sucesión temporal, un antes y un después, pero de ninguna manera una conexión necesaria. Aún cuando hasta ahora hayamos sentido calor cada vez que aparece el fuego, no existe nada que nos permita concluir lógica y racionalmente que así sucederá siempre y necesariamente. Esto quiere decir que para Hume es imposible que el principio de causalidad pueda estar fundado en la razón. Por ello lo más razonable en su concepto es recurrir a la experiencia, si es que se quiere realmente fundamentarlo. Y lo que la experiencia nos hace ver es que entre los fenómenos del mundo físico existe una relación constante y temporal, pero no una conexión necesaria.

Si por experiencia en el pasado hemos percibido que a un fenómeno le sucede otro temporal y constantemente, digamos que cada vez que se enciende fuego se experimenta calor, no hay nada que nos permita de una sucesión entre dos fenómenos pasar a concluir que lo que entre ellos existe es una conexión necesaria. Si con frecuencia observamos que estos dos tipos de hechos coexisten y se suceden en el tiempo, llamamos al primero causa y al segundo efecto, esto es se forma entre esas dos representaciones una *asociación de experiencia*, de tal manera, que al aparecer en la conciencia la idea de fuego (causa) le asociamos por hábito o costumbre la idea del calor (efecto). Así, la necesidad causal según Hume lejos de ser una realidad objetiva queda reducida a una ilusión psicológica. Esto significa que para él la ciencia se sustenta con mayor certeza en el hábito y la costumbre que en la razón y la lógica.

El enlace entre dos hechos requiere ser registrado como invariable para que se engendre en nosotros el hábito que nos permita presumir una conexión necesaria, y nos lleve a reflexionar en uno de los términos cuando se manifieste el otro. De todo esto Hume resuelve que el origen de la idea de causa se resume diciendo que “después de una repetición de casos similares, el hábito hace que el espíritu espere la aparición de un acontecimiento de su acompañante usual, y a

creer que éste existirá”. En efecto, a juicio de Hume, la más eminente figura del pensamiento filosófico británico, la causalidad no es objetiva sino subjetiva y psicológica: un objeto que sea anterior a otro y al mismo tiempo unido a él hace que la idea del uno disponga al espíritu a formarse la idea del otro.

Por consiguiente, el considerar que dos hechos, el fuego y el calor están *juntos* en la realidad exterior llevó al hombre a concebir que esos dos acontecimientos están *unidos* o enlazados en su imaginación. Por ello, en el hábito del espíritu está el origen de la idea de causalidad. Cuando una persona es colocada repentinamente en alguna parte del mundo, en lo que primero que repara es en un suceso siguiendo a otro, es decir que los objetos se suceden de modo continuo. Y si habiendo obtenido más experiencia esa misma persona se percata que los fenómenos están unidos invariablemente entre sí, entonces deducirá que un fenómeno existe por la aparición de otro; pero de lo que no llega a tener ningún conocimiento es de la causa, esto es de por qué uno de los objetos produce el otro, cuando no hay argumentación alguna que lo impulse a realizar esa inferencia.

Nadie después de haber visto que un cuerpo se mueve impulsado por otro, puede inferir –indica Hume– que cualquier otro cuerpo se moverá después de recibir un impulso semejante. Esto significa que las inferencias derivadas de la experiencia no son producto de la razón sino de la costumbre. Fue Spinoza quien alguna vez expresó que “pertenece a la naturaleza de la razón, considerar las cosas como necesarias”.

Pues bien, deseando conocer la idea de conexión necesaria, Hume se lanza a la búsqueda de los orígenes de donde pueda ser posible que derive esa idea. “Cuando miramos –dice– en torno nuestro hacia los objetos externos y consideramos la operación de las causas, ni en un solo caso somos capaces de descubrir algún poder o conexión necesaria, alguna cualidad que vincule el efecto con la causa y que hace que uno sea la infalible consecuencia de la otra. Solamente encontramos que uno efectivamente, de hecho, sigue a la otra. El impulso de una bola de billar va acompañado del movimiento en la segunda. Esto es lo que aparece a los sentidos *externos*. La mente no siente ninguna sensación o impresión *interna* proveniente de esa sucesión de objetos. Consecuentemente, en

ningún simple y particular caso de causa y efecto hay algo que pueda sugerir la idea de poder o conexión necesaria".<sup>16</sup>

Esto es así, porque del hecho de que un objeto se deje ver no es posible formarse un juicio sobre cuál es el efecto que habrá de producirse. No hay nada en el mundo físico, según Hume, que nos haga imaginar que de alguna cosa pudiera seguirse algún otro objeto al que pudiera llamarse su efecto. De aquí colige que aún cuando en el universo "un objeto sigue a otro en sucesión ininterrumpida", no nos dan la idea de conexión necesaria. Esta surge por la inclinación que produce "la costumbre de pasar de un objeto a la idea de su habitual acompañante". Por más relacionados que se encuentren a la vista dos objetos no nos producen la idea de que entre ellos están conectados necesariamente. Más bien, *conexión* y *necesidad* son, a juicio del filósofo escocés, cualidades de las percepciones, no de los objetos, no percibidas en los cuerpos sino sentidas interiormente por el alma. En suma, la necesidad existe en la mente, no en los objetos.

Con frecuencia escuchamos que hay una ley de causalidad según la cual existe una conexión necesaria entre causas y efectos; es decir que dadas ciertas condiciones de carácter natural éstas pueden producir determinados resultados. Hume sustenta que viendo los objetos de la naturaleza que nos circundan y pensando en la acción de las causas, "... nunca podemos, en ningún caso particular, descubrir un poder o conexión necesaria, una cualidad que une el efecto a la causa y hace del uno una consecuencia infalible de la otra. Sólo encontramos que el efecto sigue realmente a la causa. El impulso de una bola de billar va acompañado del movimiento de la otra. Esto es todo lo que aparece a los sentidos externos".<sup>17</sup>

En resumen, no hay impresión original alguna de la que proceda la idea de causa, como tampoco hemos visto la conexión necesaria. Por los sentidos captamos hechos, pero jamás leyes basadas en conexiones necesarias. La causalidad presenta según Hume tres aspectos que deben ser resueltos, previo examen y discusión de las razones en que se sustentan cada uno de ellos. No habré de profundizar en el tema, simplemente diré que para este filósofo la causalidad puede ser tres cosas: secuencia temporal, contigüidad y conexión necesaria. La primera significa que el efecto debe ser

precedido por la causa. La segunda lleva en sí la idea de que la causa debe *tocar* al objeto que manifiesta al objeto. Finalmente, la *conexión necesaria* implica que al darse la causa, debe seguirla el efecto inevitablemente.

Respecto al tercer aspecto, considera que nada de lo que un científico puede venir en conocimiento de una cosa que se ignoraba es necesario en un sentido lógico y racional. Toda creencia se origina más bien de la habitual conjunción entre un objeto y algún otro. "En otras palabras: habiendo visto -apunta Hume-, en muchos casos, que dos clases de objetos cualesquiera -llama y calor, nieve y frío- siempre han estado unidos entre sí, si la llama o la nieve se presentan nuevamente a los sentidos, la mente es llevada por la costumbre a esperar calor o frío, y a creer que tal cualidad existe efectivamente..."<sup>18</sup>

Pues bien, este pasar del pensamiento de la causa al efecto no es, a su modo de juzgar, algo que derive de la razón, sino que procede ni más ni menos que de la costumbre y de la experiencia. De este modo, cuando observamos un hecho esperamos otro que permanentemente le sigue. Precisamente, el haber tomado de Newton la teoría de la gravitación en calidad de modelo le permitió a su teoría de la asociación en el ámbito psicológico, describir las leyes que hacen posible trabar una representación con otra u otras. Es por ello que un acontecimiento inexplicable de la naturaleza lo constituye "el que las ideas de objetos o eventos sucesivos y contiguos que aparecen siempre juntos en la experiencia se asocien en la imaginación, presumiéndose por tanto una conexión causal entre ambos".<sup>19</sup>

Poseído de un escepticismo, Hume refuta a los estudiosos de la ontología que defienden la creencia según la cual el alma y el mundo exterior constituyen cada una de ellas una realidad sustancial. En oposición a ellos, la reflexión que hace Hume sobre *sí mismo*, hace que no pueda percibir otra cosa que no sea percepciones. Por consiguiente, lo que forma el *yo* según él es una asociación de percepciones o vivencias, pero como sustancia no existe. Lo mismo sucede con la realidad sustancial del mundo externo. Cuando pongo la atención en una mesa, lo que percibo no es esta cosa a la que llamo mesa, lo que hay ante mí es un haz o colección de percepciones particulares que al asociarse entre sí forman en mí la creencia

BIBLIOTECA ALFONSO  
MARTÍNEZ  
C. A. B. E.

de que la mesa existe. Por lo tanto, el mundo no existe como sustancia, más bien es producto de una composición de percepciones.

Después de haber abordado temas relacionados con la metafísica tradicional, la cual le confería al mundo y al alma el carácter de sustancias, Hume infiere en cambio que la metafísica es imposible. El mundo y el alma, que corresponden en la metafísica antigua a la sustancia externa e interna, son, para el filósofo que despertó a Kant del "sueño dogmático", ideas ficticias, ya que no les corresponde ninguna impresión.

Descartes que había iniciado la cuestión metafísica, apunta Manuel García Morente, acerca de si existen o no las sustancias, llegaba a la conclusión de que existo yo, el mundo y Dios. Posteriormente, Berkeley enfatizaba diciendo que si el mundo se agotaba en una vivencia o representación, entonces solamente existo yo y Dios, pero no la extensión. Por último, Hume terminaba asegurando que en virtud de que ni el alma, ni el mundo, ni Dios existen, puesto que no son sustancias, lo que existe son solamente vivencias.

Del mismo modo que la composición que resulta de la mezcla de mis vivencias se refiere a cosas inventadas por nuestra imaginación, sin embargo, lo que hay no son sustancias, sino únicamente vivencias. Por otro lado, el que junte de manera arbitraria mis vivencias, dándole a esa composición el nombre de yo, sin que a esa palabra le corresponda una determinada sustancia existente en sí y por sí, sea el alma o el yo, es algo que carece de sentido averiguarlo. Concluyendo, si el mundo y el alma no existen como sustancias en sí y por sí, luego solo puedo tener de ellas una creencia. Creo que esta mesa existe, porque el hábito por la asociación de ideas me ha acostumbrado a creerlo de esa manera. Asimismo, creo que el alma existe, diría Hume, en virtud de que el hábito de asociar mis vivencias me ha determinado a proceder creyendo que así sucede.

La idea de causalidad fue objeto de profundas críticas en el pensamiento filosófico de la antigüedad, lo cual hizo que esta idea fuera concebida como una "sucesión o conexión cronológica constante, base de la previsión de los acontecimientos". Se pensaba que la constancia y uniformidad

temporal de la relación de sucesión garantiza que el efecto sea previsible a partir de la causa, aunque no sea deducible de ella. El examen que realizó Hume de la causalidad lo condujo, partiendo de la impresión de una causa y un efecto, a concluir que no es posible que pueda existir una cualidad o conexión necesaria que una el efecto a la causa.

Puedo tener la impresión de calor y la impresión de dilatación, pero lo que este filósofo no encuentra es el enlace que junte y haga que uno de ellos sea el resultado infalible y necesario del otro. Por consiguiente, de acuerdo con él es vana la pretensión de querer predecir el advenimiento de un efecto determinado si no se recurre a la observación y la experiencia. Estas, junto con la uniformidad que manifiestan la repetición periódica de determinados hechos similares, han dado origen al hábito de creer que esas regularidades tendrán lugar también en el futuro y harán posible la previsión. "Luego esto de la causalidad es otra ficción, como el yo, como la existencia, como la sustancia. Son haces, asociaciones de ideas".<sup>20</sup>

El que basados en los conceptos de causa y efecto llevemos a cabo la conexión de un hecho con otro es algo que es producto del hábito que nos acostumbra a creer en el advenimiento de uno de ellos después de haber visto el anterior. Estamos, pues, frente a una creencia que tiene su fundamento en la psicología y que hace proceder la reacción de causa y efecto del hábito y la costumbre.

El agujero en el que Hume estaba sumido parecía no tener salida. El único camino que podía emprender era volver de nuevo a las antiguas certezas de explicar, pensar y predecir de acuerdo a la ley de la causalidad y el principio de la uniformidad de la naturaleza. Tenían para él estos principios una credibilidad tal que el obrar habitual de los hombres estaba regido por ellos. Los ontólogos creían que el mundo y el alma tenían realidad sustancial. Hume, por el contrario, se las niega. El alma es un simple montón o colección de percepciones; a su vez el mundo, las cosas, no es sino una colección de impresiones unidas por la imaginación designadas por nombres determinados. Así como los académicos hablaban de duda, también Descartes dudaba de algunas opiniones suyas, llegando a suspender todo juicio acerca de ellas. Por su parte, "según Hume, una vez que el filósofo ha decidido poner

en cuestión sus hábitos de pensamiento y creencias naturales, cuanto más indague, más profundamente quedarán minados".<sup>21</sup>

No asumió resistencia alguna a ser considerado como escéptico; por el contrario aceptó esa denominación teniendo conciencia de su lucha encaminada a destruir dogmas que parecían incommovibles. Aún cuando se llamaba a sí mismo escéptico, fue finalmente juzgado como precursor del positivismo. La creencia en la realidad del mundo y del yo, según Hume, constituyen realidades ficticias derivadas de la imaginación. Escéptico al fin, sostiene que no solamente no conocemos cómo son las cosas, sino que no sabemos si en realidad existen. No hay más que una realidad de la que tenemos certeza: nuestras percepciones. El mundo exterior no existe, pero el hábito o costumbre de creer en él no lo podemos extirpar de nosotros. Como tampoco la duda acerca del mundo es posible que la excluyamos. En otras palabras, considera que es inexplicable saber si el mundo existe o no.

Albert Einstein no se explicaba cómo después de leer a Hume algunos filósofos que lo sucedieron se dedicaron a escribir textos tan insustanciales y poco claros. Sin embargo, es indudable la poderosa influencia que ejerció sobre los más sobresalientes sistemas filosóficos que vinieron después. Se podría ver en este pensador una anticipación del positivismo por la marcada inclinación que manifestó por la observación de los hechos; pero podría ser juzgado también como un escéptico puesto que puso en duda nuestro conocimiento sobre la existencia de las cosas. Más sería posible estimarlo también como el filósofo que habiendo tomado de Newton el método de investigación experimental, resolvió aplicarlo a la investigación del ser humano.

En efecto, sustentaba que así como los cuerpos se mueven en el universo de un modo uniforme y regular, siguiendo las leyes de la mecánica clásica newtoniana, otro tanto sucedía con la conducta del hombre cuya regularidad estaba regida por la causalidad. La misma previsión que puede hacerse de los fenómenos naturales es posible llevarla a cabo con la manera como los hombres dirigen sus acciones y gobiernan su vida, es decir con su comportamiento.

Durante su vida se ocupó de tareas muy distintas. Fue diplomático, soldado, político, bibliotecario; pero también fue

objeto de un señalado interés y preocupación por la filosofía. Hizo de ésta su más ferviente e intensa ocupación hasta volverla una investigación empírica del ser humano, opuesta a la tendencia filosófica de convertir al hombre en simple objeto de especulación. Fue Hume no sólo uno de los más destacados representantes de la Ilustración, sino que la lectura de sus libros tuvo la virtud, como diría Jeremías Bentham, de hacer que sus ojos "se librasen de cataratas". Entre sus cualidades más relevantes estuvo siempre la de ilustrar el entendimiento de sus semejantes. Su filosofía ha sido vista como un diálogo consigo mismo, en la que el escéptico y el dogmático tratan de llegar a un acuerdo entre sí.

### Notas bibliográficas

<sup>1</sup> David Hume: *Tratado sobre la naturaleza humana*. Seleccionadas de Hume, compilado por Charles W. Hendel. Editorial Angora, 1959, p. 29.

<sup>2</sup> *Ibid.* p. 30.

<sup>3</sup> José Ferrater Mora: *Diccionario de filosofía*. Tomo I. Alianza Editorial, 1980, p. 235.

<sup>4</sup> David Hume: *Tratado sobre la naturaleza humana*. 1959, p. 32.

<sup>5</sup> Ernst von Aster: *Historia de la Filosofía*. Editorial Labor, 1956, p. 287.

<sup>6</sup> Francisco Romero: *Historia de la Filosofía moderna*. Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 228.

<sup>7</sup> Michele Federico Sciacca. *Historia de la Filosofía*. Luis Miracle, Editor, 1954, p. 364.

<sup>8</sup> Nicola Abbagnano: *Diccionario de Filosofía*. Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 1103.

<sup>9</sup> David Hume. *Tratado sobre la naturaleza humana*. 1959, p. 86.

<sup>10</sup> *Ibid.* p. 87.

<sup>11</sup> *Ibid.* p. 85.

<sup>12</sup> *Ibid.* p. 86.

- <sup>13</sup> Nicola Abbagnano: *Historia de la Filosofía*. Tomo II. Montaner y Simón. 1995, p. 272.
- <sup>14</sup> Selecciones de Hume: *Investigación sobre el entendimiento humano*. 1959, p. 131.
- <sup>15</sup> Citado por Josiah Royce en *El espíritu de la filosofía moderna*. Editorial Nova, p. 102.
- <sup>16</sup> Selecciones de Hume: *Investigación sobre el entendimiento humano*. 1959, p. 132.
- <sup>17</sup> Josiah Royce. *Opus Cit.* p. 101.
- <sup>18</sup> David Hume: *Investigación sobre el entendimiento humano*. 1959, p. 102.
- <sup>19</sup> James Noxon: *La evolución de la filosofía de Hume*. Alianza Universidad, 1987, p. 93.
- <sup>20</sup> Manuel García Morente: *Lecciones preliminares de Filosofía*. Editorial Porrúa. Colección "Sepan cuantos", No. 164, 1994, p. 144.
- <sup>21</sup> James Noxon: *Opus. Cit.* p. 25.

Durante su vida se ocupó de tareas muy distintas. Fue diplomático, soldado, político, bibliotecario, pero también fue

Dra. Alma Silvia Rodríguez  
 Jefa del Departamento de Letras del  
 Centro Universitario, Mar del Plata  
 Facultad de Derecho y Ciencias Sociales  
 y Colegiado Criminológico UANL

Abstract

Este es el primer capítulo de un libro que trata de un método para la enseñanza de la lingüística. El método se basa en la experiencia del autor y en la teoría lingüística de Chomsky. El método se divide en tres partes: la primera trata de la fonética, la segunda de la morfología y la tercera de la sintaxis.

## Sección Segunda

# LETRAS

El método se divide en tres partes: la primera trata de la fonética, la segunda de la morfología y la tercera de la sintaxis. El método se basa en la experiencia del autor y en la teoría lingüística de Chomsky. El método se divide en tres partes: la primera trata de la fonética, la segunda de la morfología y la tercera de la sintaxis.

Profesora

La vida más requiere motivos para existir, crear, encontrar un sentido, ser útiles a los demás. Conjunión dramática de oportunidades, avatares, circunstancias. En esta experiencia del vivir, surgió la idea de elaborar un texto para la enseñanza de la lingüística. Aprender las líneas en la

BIBLIOTECA ALFONSO ALVARO  
 UNIVERSIDAD NACIONAL DEL SUR  
 MAR DEL PLATA